



## Resumen de su vida

La memoria obligatoria de san Maximiliano, muerto en Oswiecim (Auschwitz), Polonia, el 14 de agosto de 1941, canonizado y declarado mártir por Juan Pablo II en 1982, nos hace revivir una de las páginas más dramáticas de la última guerra y de la barbarie nazi en los campos de concentración. Raimundo, nacido en la pequeña ciudad de Zdunska Wola (Polonia) en 14 de agosto 293 1894, entró en los Menores Conventuales en 1907 con el nombre de Maximiliano; estudió filosofía y teología en Roma, doctorándose, y fue ordenado sacerdote en 1919, también en Roma. Por su ardiente amor a la Virgen (tomó el nombre de María en 1914 al hacer los votos solemnes) estaba convencido de que comenzaba la época de la Inmaculada, en la que María aplastaría la cabeza de la serpiente. Por eso fundó la asociación denominada *Milicia de la Inmaculada*, cuyos miembros, los «Caballeros de la Inmaculada», hacían una opción global. Construyó de la nada toda una ciudad (1927),

llamada Ciudad de la Inmaculada (Niepokalanów), que se difundió por su patria y por varias regiones (a los diez años contaba con setecientos sesenta y dos religiosos).

Misionero en Japón en 1930, fundó allí una ciudad análoga en la periferia de Nagasaki, a la que llamó «El jardín de la Inmaculada». Vuelto a la patria en 1936, sufrió la persecución de la Gestapo, que transformó la Ciudad de la Inmaculada en un campo de concentración; pero logró reorganizarla para la supervivencia de todos los deportados. Arrestado en 1941 por segunda vez, fue encerrado en el campo de trabajo de Auschwitz, donde por odio se le mezcló con los judíos (se convirtió en el n. 16670). Con motivo de la fuga de un detenido del bloque 14 y de la diezmación por represalia que de ello se derivó, ofreció voluntariamente la vida sustituyendo a un deportado que tenía familia. En el campo de concentración los detenidos lo llamaban «nuestro pequeño padre». En efecto, decía a todos: «El odio no es una fuerza creativa; sólo el amor es fuerza creativa». Es una lección imperecedera de oblatividad humana y cristiana. Frente al comandante del campo, para quien los prisioneros sólo eran números, recordó a todos que eran hombres: «Soy un sacerdote católico, soy anciano (¡cuarenta y siete años!); quiero ocupar su puesto (del destinado al exterminio F. Gajowniczek, con dos hijos), porque él tiene mujer e hijos». Con la aceptación inesperada por parte del comandante (K. Fritsch) del intercambio, y por ende de la eficacia de la donación, Maximiliano transformó el campo de exterminio en un calvario.

Con una inyección de ácido fénico en el brazo izquierdo lo exterminaron, después de dos semanas de hambre. Lo encontraron muerto todavía apoyado contra la pared, los ojos abiertos y fijos en un punto: «Toda su figura estaba como en éxtasis». Por eso este «primer mártir de la caridad», que de joven (1920) anotaba: «Tengo que hacerme un santo lo más grande posible», consiguió «la victoria mediante el amor y la fe en un lugar construido para la negación de la fe en Dios y en el hombre» (Juan Pablo II). Así demostró que su martirio voluntariamente aceptado, después de haber gastado todas sus energías para la construcción de un mundo diverso, no fue una huida, sino la plenitud de su energía vital. Su activismo de franciscano moderno, iluminado por el espíritu mariano, es también en nuestros días una invitación a conciliar la vida activa con una profunda vida interior. (Texto de E. Lodi)

## Eco de la Liturgia

### *Del Oficio de lectura: Bucar y seguir la voluntad de Dios*

Querido hermano, piensa qué grande es la dignidad de nuestra condición por la misericordia de Dios. Por medio de la obediencia, nosotros nos alzamos por encima de nuestra pequeñez y podemos obrar conforme a la voluntad de Dios. Más aún: adhiriéndonos así a la divina voluntad, a la que no puede resistir ninguna criatura, nos hacemos más fuertes que todas ellas. Ésta es nuestra grandeza; y no es todo: por medio de la obediencia, nos convertimos en infinitamente poderosos.

Éste, y sólo éste, es el camino de la sabiduría y de la prudencia, y el modo de rendir a Dios la mayor gloria posible. Si existiese un camino distinto y mejor, Jesús nos lo hubiera indicado con sus palabras y su ejemplo. Los treinta años de su vida escondida son descritos así por la sagrada Escritura: Y siguió bajo su autoridad. Igualmente, por lo que se refiere al resto de la vida toda de Jesús, leemos, con frecuencia, en la misma sagrada Escritura, que él había venido a la tierra para cumplir la voluntad del Padre.

Amemos sin límites a nuestro buen Padre: amor que se demuestra a través de la obediencia y se ejercita, sobre todo, cuando nos pide el sacrificio de la propia voluntad. El libro más bello y auténtico donde se puede aprender y profundizar este amor es el Crucifijo. Y esto lo obtendremos mucho más fácilmente de Dios por medio de la Inmaculada, porque a ella ha confiado Dios toda la economía de la misericordia.

La voluntad de María, no hay duda alguna, es la voluntad del mismo Dios. Nosotros, por tanto, consagrándonos a ella, somos también, como ella, en las manos de Dios, instrumentos de su divina misericordia.

(De una de sus cartas)

### ORACIÓN

*Oh, Dios, que al presbítero y mártir san Maximiliano María, inflamado de amor a la Virgen Inmaculada, lo llenaste de celo por las almas y de amor al prójimo, concédenos en tu bondad, por su intercesión, trabajar generosamente por tu gloria en el servicio de los hombres y ser semejantes a tu Hijo hasta la muerte. Por J. N. S.*